

...ran cargos del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC), de Comisiones Obreras y de la Unión General de Trabajadores. Pero se negaron a facilitar sus nombres en razón de las garantías de secreto que les fueron ofrecidas al declarar su adhesión. En la sala donde se presentó el manifiesto se encontraba un solo militante socialista con responsabilidades de relieve: Julio Villacorta, miembro del consejo nacional del partido y ex integrante de la ejecutiva catalana de la UGT.

El PSC, por medio de su responsable de cultura, Jordi Font, hizo público ayer un comunicado en el que descalificaba con dureza la iniciativa: "Resulta grotesco", dice su último párrafo, "el intento reiterado de oponer a la difícil acción en favor de restituir el catalán como lengua propia de Cataluña, el fantasma de la opresión del castellano a manos del catalán. Constituye una clara y grave manipulación de la realidad". Asimismo, el PSC denuncia el objetivo último del manifiesto, esto es, la creación de dos redes de enseñanza lingüísticamente diferenciadas:



Antonio Robles, a la derecha, con otros firmantes del manifiesto presentado ayer.

"Los poderes democráticos han de garantizar el derecho de los niños a la no segregación lingüística y a recibir una educación que les asegure la plena inserción

en la sociedad catalana (...). Queremos una sola comunidad en la que todo el mundo domine las dos lenguas y el futuro del catalán esté garantizado".

LA CRÓNICA

En castellano, ¿también?

ARCADI ESPADA

—Pues bien, yo quiero que mi hijo sea discriminado.

Fue la frase definitiva. La pronunció, al final ya de una dilatadísima y áspera conferencia de prensa, Ángela Diest, "una madre", como ella dijo sin añadir mayor título, firmante número dos del *Manifiesto*. Se refería la señora Diest al argumento con que todas las fuerzas políticas catalanas —es decir, el régimen, en terminología de los firmantes— rechazan la existencia de un doble circuito escolar, en catalán y en castellano. La señora Diest conoce la opinión de todos los partidos: ese circuito conduciría a la discriminación social, a la existencia de catalanes de primera y de segunda. Lo sabe y no le importa. ¿Por qué? Pues porque, simplemente, la señora Diest, junto a la mayoría de promotores del manifiesto, está convencida de que ese circuito es ya una evidencia cultural, sociológica y tal vez política en la Cataluña gobernada desde hace 13 años por el nacionalismo convergente. La señora Diest pretende que lo que es una realidad en la calle sea una realidad en la ley, como decía el adagio suarista de la transición.

Este planteamiento puede sublevar la inteligencia de miles de ciudadanos catalanes o puede complacer el cinismo desesperanzado de algunos menos. Desentrañar su verosimilitud sería un honrado —e ingente— trabajo intelectual. Pero eso es lo que hay detrás del manifiesto y detrás de todas las iniciativas tendentes a denunciar una supuesta —eso no es todavía un asunto probado— marginalidad del castellano en Cataluña; del castellano como lengua y del castellano como cultura. Hay aquí una gente que ¿también? quiere vivir en castellano: han llegado a esa conclusión después de 17 años de democracia, forzados —dicen— por una circunstancia nacionalista (catalana) que amenaza su sentimentalidad cultural.

Es difícil saber quiénes son, cómo coinciden sus biografías. Es cierto que el foco mediático se ha ocupado muy poco de ellos hasta ahora. Ayer, en la sala del Hotel d'Entitats donde se presentó el manifiesto, había derivados de una cierta tradición republicana, muy laica y muy española; mujeres herméticas con el *Abc* en la mano y la COPE en la oreja;

gente de izquierda, en la meseta de la edad, rebotada de sus partidos o sus sindicatos; funcionarios de la enseñanza que han visto truncadas sus aspiraciones profesionales por su tenaz desentendimiento de la lengua catalana... La misma mezcla en el lenguaje: quien aludía en el reverso a Martín Santos —"ya se ha acabado el tiempo de silencio"— o quien apenas podía disimular en sus palabras un rancio tonillo de sacristía y albero, mitad martirologio, mitad chulería brava.

¿Qué una todo eso? Ah, bien... un muy viejo conocido: el nacionalismo. La variante doliente del nacionalismo, además, que como bien se sabe utiliza la desdicha —una desdicha muy global, no siempre vinculada a lo que se denuncia— como eficazísima argamasa. Es complicado prever el futuro de esos opacos 14.000. Pero, arriba y abajo de la sociedad política catalana hay ya una cierta inquietud, detectable sólo —todavía— en privado. Saben los más lúcidos que alguien —alguien del que todavía no se conoce su rostro rotundo y su palabra hipnótica— podría auparse en el vértice de esa ola.